

# Presentación

*Te ensalzaré, Señor, porque me has librado  
y no has dejado que mis enemigos se rían de mí  
(Sal 29,2)*

El equipo de redactores de la hoja litúrgica *Eucaristía* pone en tus manos este libro de homilias del ciclo C con el objetivo de prestar un servicio en las celebraciones dominicales de las comunidades eclesiales.

En años posteriores, Editorial Verbo Divino tiene también la pretensión de sacar a la luz los libros de homilias, redactadas por este mismo equipo, correspondientes a los ciclos A y B, para que podamos contar con un recopilatorio de las homilias de los tres ciclos litúrgicos.

A lo largo del libro podréis observar la variedad de estilos y planteamientos diferentes que aparecen en las homilias de los 52 domingos del año. No es nada extraño, porque los que participamos en la elaboración de las mismas somos siete personas, sacerdotes de diferentes edades, de distinta formación académica, con dedicación pastoral en lugares y campos muy diversos.

Lo que sí tenemos en común es que hemos tratado de ser fieles a los textos bíblicos de cada domingo, teniendo en cuenta el tiempo litúrgico que estamos celebrando y la misión fundamental que la Iglesia tiene encomendada: la extensión de la Buena Noticia de Jesús por todos los lugares de la tierra.

Por otra parte, las homilias que leemos en los libros o en las diferentes hojas que se editan en la actualidad no son para ser repetidas tal cual en las celebraciones, por muy buenas que sean y por estar escritas con lenguaje sugerente.

La intención de los diferentes miembros de este equipo es más bien la de sugerir alguna de las luces que pueden iluminar la experiencia vivida por los creyentes de todas las épocas, la de indicar posibles pistas para llegar a alcanzar un estilo de vida más cristiano en los potenciales oyentes de la Palabra y la de cuestionarnos los creyentes, que celebramos habitualmente la eucaristía, sobre el testimonio de nuestra vida cotidiana en los diferentes ambientes que convivimos con otras personas.

En este ciclo litúrgico, el evangelio que nos ayuda a recorrer el misterio de la vida, pasión, muerte y Resurrección de Jesús es el de san Lucas. A este evangelista, entre otras cosas, se le conoce como el que mejor manifiesta la misericordia y la compasión de Dios, realizada en su Hijo.

Sólo en este evangelio encontramos la conocida parábola del padre bueno, que ama a los dos hijos por ser hijos y no por lo que hacen; y las palabras a uno de los ladrones, crucificados con Jesús: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Al comienzo de este nuevo milenio, como la comunidad misionera que aparece en los escritos de Lucas, la Iglesia actual necesitamos confiar más y dejarnos conducir por el Espíritu, que es fuerza en la debilidad.

*Equipo de redactores*

# Tiempo de Adviento

## *Cultivar la esperanza*

*Primera lectura:* Jeremías 33,14-16

*Segunda lectura:* 1 Tesalonicenses 3,12-4,2

*Evangelio:* Lucas 21,25-28.34-36

Adviento significa “venida del Señor”, y tiene una doble característica: es tiempo de preparación a la Navidad, en que se conmemora el hecho inaudito de la encarnación del Hijo de Dios en nuestra historia y, a la vez, es tiempo en que, a través de ese recuerdo, nos abrimos a la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. Estas dos venidas se consideran como una única, desdoblada en dos etapas: la venida histórica de Cristo es el comienzo de una venida continuada del Señor hasta que se realice en toda su plenitud la venida total. Este primer domingo de Adviento, mediante un lenguaje catastrófico, llamado apocalíptico, pone el acento en la venida del Señor al final de la historia, como un gran acontecimiento liberador. Acontecimiento que lleva consigo el hundimiento de todo lo negativo, ya que sin la desaparición del mundo viejo no hay mundo nuevo. Por eso, la actitud del cristiano no es de temor, sino de esperanza. Dios se nos revela como un Dios liberador. Un Dios que no podemos entender fuera de la complejidad y espesor de los acontecimientos históricos humanos. Celebrar el Adviento consistirá en descubrir los signos de la venida del Señor tanto en la vida de los hombres como en la vida de la Iglesia, en nuestras comunidades, en nosotros mismos, y celebrarlos. Un dato común de las venidas del Señor es su imprevisibilidad y desconocimiento del tiempo; de aquí la actitud de vigilancia que exige la espera.

**La vida con esperanza.** Adviento es un tiempo en que se ha de cultivar especialmente la esperanza, ya que la esperanza es imprescindible para la vida: ella alienta y enciende todas las virtudes. Sin esperanza, la fe sería una suma de desilusiones; la caridad y la lucha por la justicia, un fracaso y una dolorosa frustración; la paciencia, puro fatalismo y resignación; y toda la vida, incluso la vida espiritual, sin esperanza, sería una preparación para la muerte. Sin esperanza, tendríamos que repetir con el libro del Eclesiastés: todo es un “atrapar vientos”. Todo es vaciedad. Todo adquiere un tono cansado y gris. Busca lo que quieras; sin esperanza, cuando llegue a tus manos, estará mordido por el gusano de la vaciedad. La esperanza es el mejor antídoto contra el gusano de la vaciedad. Todo lo que toca, lo ilumina y lo trasciende.

La esperanza necesita ser cultivada. Pues, no es nada fácil mantener encendida en el corazón la estrella de la esperanza en medio del escepticismo de nuestros días. No es nada fácil mantener la esperanza, cuando nuestras filas están amenazadas por el miedo, la sen-

sación de impotencia ante la magnitud de los problemas, el desencanto, el desengaño y la resignación. Hoy la esperanza encuentra serios obstáculos: la cultura del consumismo hedonista; lo que importa es vivir hoy, no importa el mañana y mucho menos el pasado mañana y, menos aún, esos lejanos días que nos anuncian los profetas y los soñadores de un mundo mejor. Es verdad que se ha de vivir el presente con intensidad y paz, pero sin hacerlo un absoluto, sin cortar la relación con el pasado y su dinamismo hacia el futuro. El hoy es un anticipo del mañana. Por eso, el momento en que nos toca vivir es un momento oportuno de dar razón de nuestra esperanza. Y el Adviento nos remite a sus sólidos fundamentos: la promesa y fidelidad de Dios.

**Se acerca vuestra liberación.** Aunque el lenguaje que emplea el evangelio parece ser un anuncio terrible y catastrófico, el sentido verdadero es de esperanza: *“Levantaos, alzáad la cabeza: se acerca vuestra liberación”*. Han sucedido y suceden cosas de verdadera angustia y espanto. Además de las desgracias y catástrofes naturales, además de tantas enfermedades dolorosas, podemos contar el sufrimiento más terrible: el que provocamos los seres humanos, como el terrorismo, el sufrimiento de los que se ven forzados a buscar otros lugares: los emigrantes y, sobre todo, el hambre y la miseria de millones de personas. Todas estas personas viven en situación apocalíptica. No es bueno que cerremos los ojos a esta realidad doliente. Pero, no es la única realidad; este tiempo de Adviento nos invita a repensar y señalar los signos de esperanza tanto sociales como eclesiales. Nos viene bien esta lectura para poder levantar la cabeza. Hay signos de esperanza porque el Espíritu no deja de actuar. Con el profeta Isaías, el gran profeta del Adviento, reconocemos que es de noche en el escenario de la historia. Las tinieblas no dejan comprender ni es dado calcular cuándo llegará la aurora liberadora. Pero hay un hombre que con sus ojos penetra la oscuridad: el profeta de la esperanza. Un gran servicio del cristiano y de la comunidad creyente a nuestra sociedad podría ir en esta dirección: penetrar con los ojos de la fe la oscuridad, y ayudar a discernir los signos de vida y de esperanza que está generando el Dios de la vida y de la promesa. Precisamos lugares de ánimo, de curación de heridas, que fomenten elevar la moral. Pues, cuanto más crezca esta atmósfera de desaliento, menos motivos tendremos para la complicidad con el pesimismo. Por eso, hay que estar muy atentos a ciertas denuncias que, en vez de curar, envenenan más las heridas.

---

¿Qué signos de esperanza detectas en tu Comunidad, en la Iglesia, en la sociedad?

¿Cómo no sólo celebrar el Adviento, sino ser Adviento hoy?

## *Allanad senderos*

*Primera lectura:* Baruc 5,1-9

*Segunda lectura:* Filipenses 1,4-6.8-11

*Evangelio:* Lucas 3,1-6

**Un tiempo de espera y esperanza.** El domingo pasado iniciábamos el tiempo de Adviento, unas semanas que en nuestro Año Litúrgico nos ayudan a preparar la venida de Dios a nuestro mundo y, a la vez, a vivir con la ardiente esperanza del encuentro definitivo con Él cuando llegue a su plenitud última la historia humana.

Estando como estamos tan necesitados de buenas noticias, la venida de un Dios que se nos manifiesta como Amor no puede por menos de suscitar en nosotros sentimientos de esperanza y gozo. Así pues, estos días de Adviento son para nosotros días de gozosa esperanza: el Amor se hace realidad en nuestro mundo. Para ese acontecimiento, que los cristianos celebramos en la Navidad, nos preparamos en estas semanas.

**¿Y cómo prepararnos?** ¿Qué hacer para acoger un año más este acontecimiento, sin caer en la rutina? Nos pueden ayudar los textos litúrgicos que la Iglesia proclama en todo el mundo católico, las lecturas de los profetas, las figuras de Juan Bautista y de la Virgen María, así como los signos que nuestras parroquias, comunidades, movimientos y grupos preparen para estos días: la corona de Adviento, las celebraciones comunitarias del perdón, los momentos de oración. Y, sobre todo, una actitud positiva nuestra de preparar caminos para la venida del Señor: a nuestras vidas, a nuestra Iglesia, a nuestro mundo.

Ésta es la llamada que nos hace el texto evangélico de hoy: *“Preparad los caminos del Señor”*. Se abre este texto con una referencia histórica: *“El año quince del reinado del emperador Tiberio”*. Dios se hace hombre en la historia de los hombres, para que la historia de los hombres sea ya definitivamente historia del mismo Dios, historia de salvación, una historia de amor de Dios con el hombre. *“El año quince del reinado del emperador Tiberio”* es para nosotros hoy, con las circunstancias históricas que viven cada uno de nuestros países y regiones, ciudades, pueblos y barrios. Con sus gentes, sus dirigentes y sus situaciones políticas y económicas, sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas.

**Allanad sus senderos.** El evangelio habla de allanar senderos. Caminamos mal por los lugares escabrosos, especialmente aquellos que tienen dificultades para caminar: los débiles, los enfermos, los pequeños. La vida no debe ser una carrera de obstáculos donde sólo los más fuertes alcancen la meta, a veces abusando de otros para su particular y egoísta andadura. El texto evangélico se presta, sin ser forzado o traicionado, a mil aplicaciones personales, sociales, políticas, eclesiales. A nadie le es ajena la llamada del Bautista. No debemos

dejar pasar la ocasión de escuchar al gran profeta, al precursor de Jesús. Su voz se hace hoy actual en los profetas de nuestro tiempo, que los hay. En la Iglesia y fuera de ella. No todo es progreso humano en nuestro mundo, y muchos lo denuncian con claridad, aunque a veces se les descalifique y margine llamándoles pesimistas, demagogos y utópicos. O se les mate.

Los valles se deben elevar y los montes han de descender. Y si no descienden, han de ser derribados, como canta María, la mujer embarazada de Dios, que nos acompaña y a la que acompañamos en este tiempo de Adviento, hasta que su hijo nazca entre nosotros. Las naciones empobrecidas deben recuperar su dignidad robada, y con ella sus bienes. Los países ricos deben establecer relaciones justas y abandonar su prepotencia insultante, su dominio, su desprecio hacia los demás pueblos. Hay que recordar que muchos carecen de bienes porque otros andamos sobrados. Bienes de cultura, de capacidad de decisión en la asamblea de las naciones, de reconocimiento de su dignidad y de su libertad.

**Acoger en la Iglesia la llamada del Bautista.** ¿Y en la Iglesia? ¿No hay todavía unos, pocos, que están muy arriba y otros, muchos, que están abajo y por debajo? Hay mucho esquema de poder en la Iglesia, todavía no liberada de las estructuras humanas. “Que no sea así entre vosotros”, dice Jesús. También en la Iglesia hemos de acoger la recomendación del Bautista. El ejercicio de la autoridad debe ser atemperado y evangelizado. La dignidad bautismal ha de ser más reconocida, oída y respetada. Con mayor capacidad de decisión, capacidad poseída y no sólo concedida. Allonar el camino para que, reunidos en Cristo, podamos ser conducidos por el Espíritu hacia la casa del Padre, solidarios con el género humano y con su historia. Esta marcha la encabeza Cristo, y junto a Él y en primera línea sus vicarios, los pobres, jueces del adviento último y definitivo.

La Palabra de Dios es viva y eficaz. Si la acogemos en nuestro corazón, algo cambiará en nuestras vidas, algo podrá cambiar en el mundo. El Pan de Vida que Dios nos da en esta eucaristía es alimento para la tarea. *“Y todos verán la salvación de Dios.”*

---

¿En qué y en quiénes tenemos esperanza? ¿Somos motivo de esperanza para alguien? ¿Para quiénes?

¿Preparamos caminos al Señor? ¿Allanamos sus senderos? ¿En qué parcelas de la vida y de la historia humana?

¿Cómo vives en la Iglesia la común dignidad de todos los bautizados?

## *Algunas características del Dios que nace*

*Primera lectura: Sofonías 3,14-18a*

*Segunda lectura: Filipenses 4,4-7*

*Evangelio: Lucas 3,10-18*

Las tres lecturas que hoy nos propone la liturgia tienen unas características comunes como signos inconfundibles del Dios que va a nacer. No son pequeños detalles que podamos pasar por alto; son grandes rasgos que caracterizan al Niño Dios, Jesús de Nazaret, y que están por encima de las visiones personales que cada uno queramos subrayar.

**Expectación.** En el análisis que hace Lucas de la gente de su tiempo, hay una insistencia en destacar el estado de ansiedad, inquietud y preocupación que invadía a todos los grupos sociales. Una especie de deseo por hacer algo para cambiar las cosas contagiaba a todos. Parece que el descontento o la insatisfacción estaban muy extendidos. Hoy diríamos que las encuestas daban niveles muy bajos sobre el grado de aceptación de la sociedad.

Sabemos que los grandes cambios históricos suelen ir acompañados de un alto grado de necesidad y de incertidumbre. Los finales de una época son puntos de inflexión porque un modo de explicar y organizar el mundo ya no responde a las nuevas necesidades y formas que la Humanidad experimenta. Cada cambio histórico refleja el hastío por lo que ya no sirve y la búsqueda incierta, dubitativa, por lo que todavía no se ha alcanzado pero que se intuye.

En los tiempos previos al nacimiento de Jesús, según la referencia de Lucas, existía ese clima: *“El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban...”*.

En los actuales tiempos de cambio de siglo y milenio, todo apunta a que estamos en un momento de cambio cultural importante. Todo hace referencia a preguntas sobre los rasgos de este nuevo siglo que tendrá que ser distinto al anterior, afortunadamente, pero del que no acertamos a adelantar sus grandes rasgos. El Evangelio transforma la pregunta en invitación a la acción. No podemos simplemente esperar el futuro; hay que hacerlo, porque ésa es la mejor forma de prepararlo. Los creyentes que estamos preocupados por el futuro religioso de la Humanidad no podemos permanecer pasivos. Hay que preparar ese futuro religioso con actitudes vitales de fraternidad solidaria y honrada.

**Alegría.** Las tres lecturas de hoy son una invitación y un canto a la alegría, con palabras distintas: Buena Noticia, Alégrate, Regocíjate. El mensaje religioso que Jesús significa para la Humanidad es de esperanza, de futuro mejor para quienes viven la insatisfacción de un presente marcado por la injusticia, el desequilibrio, la desigualdad, el hambre o la violencia y la soledad.



Una Navidad que no despierte alegría, aun en medio de las situaciones más menesterosas, incluso entre aquellos que no tienen nada, que no sea Buena Noticia para los pobres y angustiados, no será un nacimiento de Jesús sino, simplemente, un aniversario festivo y vacío. No puede ir unida la Navidad a la frialdad de un mensaje moral que propone un deber ético al que todo ser humano debe unirse. Navidad es, sobre todo, alegría de conocer y contar con un Dios cercano que se une a nosotros en el camino de la Historia, compartiendo nuestras preocupaciones y asegurándonos un horizonte humanizador si le prestamos una adhesión de confianza.

**Ternura.** Hay que conocer los dos capítulos anteriores del libro de Sofonías para entender la profundidad de la ternura a la que se refiere la Biblia. Un profeta que es capaz de expresar en términos de dureza similar la indignación de Dios para quienes abusan de los débiles y acusa de tal manera a los engréidos en su poder y riqueza que no tienen temor a la acción de Dios en la Historia porque piensan sólo con la lógica de su poder prepotente que parece no tener fin. Ese mismo profeta es capaz de unas líneas tan rebosantes de ternura y alegría para los débiles del mundo.

Dios es todo un sentimental con los necesitados; su corazón se derrite como un helado junto al fuego cuando contempla la situación de los oprimidos. Él no se queda inactivo o distante. Él introduce en la Historia elementos de cambio que, a veces, no percibimos pero que, como formas de acción retardada, entran inexorablemente en actividad y provocan sacudidas que hacen temblar a quienes se sienten satisfechos.

La ternura de Dios es, precisamente, la garantía de fuerza para los débiles que en estos días deben recuperar el protagonismo del mundo y, especialmente, de la Liturgia.

Para ellos, para todos nosotros, en cuanto humanos y necesitados, va dirigido este buen anuncio: Dios está próximo a nacer; haced posible y fecundo su nacimiento para que el mundo viva y viva con alegría.

---

¿Te has preguntado qué puedes hacer tú para preparar el futuro?

¿Anuncias al Dios del miedo o al Dios que se manifiesta en un Niño indefenso?

¿Te preocupa el futuro de la Humanidad o te consideras incapaz de aportar algo?